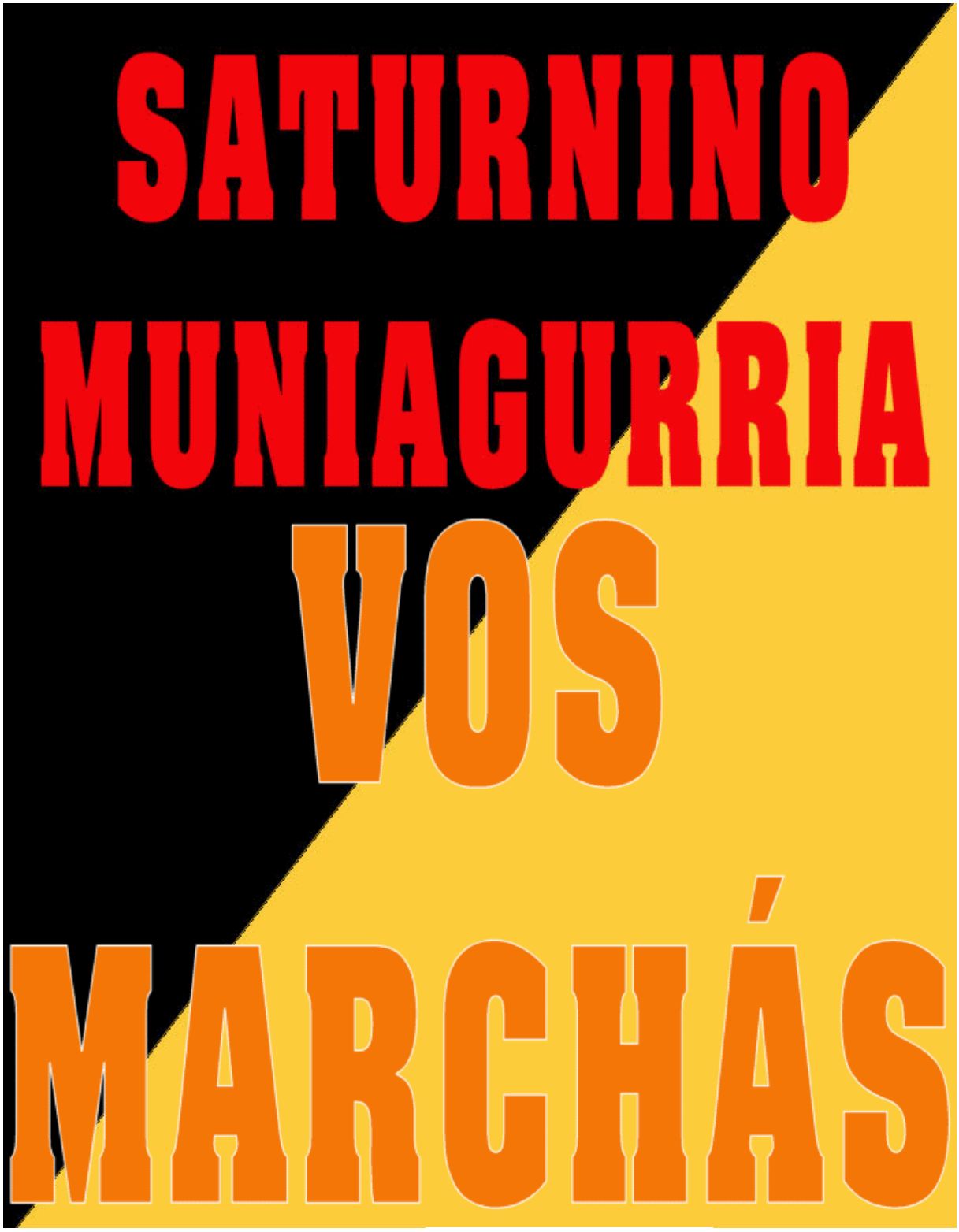
Vos marchás

SATURNINO MUNIAGURRIA



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El hecho ocurrió en el antiguo pueblo de San Roque, de la provincia de Corrientes, -el segundo en el orden de su fundación-, a las doce del día, bajo un sol abrasador y a corta distancia de la policía.

Don Isidoro Peñalva era de nacionalidad española. Pertenecía a esa clase de hombres que vienen a América a tentar fortuna; sin más bagaje que el de sus brazos, pero con grandes deseos de trabajar. Era frugal en sus costumbres, cordial en sus maneras y de carácter franco y abierto, lo que le granjeaba amistades en todas partes. Sano de espíritu y de cuerpo, emprendedor y nada perezoso, poseía el don hada común de ver en materia de negocios lo que otros no veían: cuál era el que entre todos más convenía emprender, y la manera de realizarlo con el menor gasto posible. En eso de hacer economías, no había quien le ganara. "Entre comer al aire libre -solía decir- la trincha de asado fiambre y la galleta que uno lleva de avío, y comer en una pulpería la mala comida que allí sirven, hay una semejanza y una diferencia. La semejanza consiste en que en los dos casos uno queda con hambre, y la diferencia, en que en el primero, la comida no nos cuesta nada, mientras que en el segundo, tenemos que pagarla, a veces con lo que hemos ganado en el día".

Su primer negocio consistió en la compra de cueros de nutria. Calzado de alpargatas -las botas no las usaría sino mucho tiempo después- recorría los caminos, adquiriendo a bajo precio las pieles de dichos animales, directamente de los que los cazaban. En esa forma no sólo eludía el pago de los impuestos correspondientes, sino que, como se trataba de cazadores furtivos, el precio convenido se hallaba siempre por debajo del corriente.

Antes de un año había doblado su pequeño capital. Pero en la vida no todo son flores. Las nutrías empezaron a escasear a causa de la persecución de que eran objeto. Pero Peñalva ya había entrevisto otro negocio mejor: en vez de cueros de nutrias, compraría cueros de vacas. El trajín sería el mismo, sólo que en vez de adquirirlos en las pulperías, como ocurría con los primeros, de manos de los cazadores que las frecuentaban, lo haría directamente en las estancias, en las cuales, debido a las epidemias, los había en tal número, que la presencia de un comprador más, antes que estorbar resultaría beneficiosa.

Por la primera vez se puso botas e hizo lo que no había hecho hasta entonces: montar a caballo. Fue el primero en asombrarse de mantenerse tan firme en los estribos. A pie, apenas si podía hacer un par de leguas en el día; a caballo, recorría quince o veinte. Empezó por adquirir partidas pequeñas, que transportaba en un carro que él mismo conducía. Las casas acopiadoras se las recibía a precios discretos. Si había que hacer concesiones, cuando se las discutía, siempre era él quien las hacía. Ya llegaría la oportunidad de recuperar lo que en esa forma dejaba de ganar. Lo principal era ganarse la confianza de los acopiadores, empleando para ello todos los medios, sin excluir su complicidad en defraudar al fisco eludiendo el pago de los impuestos correspondientes. Con la confianza en tal forma comprada obtendría en préstamo el dinero que necesitaba para dar mayor vuelo a sus negocios. Sonsacándoles el personal subalterno -para cada empleado había un regalo-, obtendría después los datos indispensables que le permitirían entrar en relaciones directas con las casas que en Buenos Aires monopolizaban el negocio.

Idéntico procedimiento empleó con los propietarios de estancias. Franqueándose con sus mayordomos y capataces, procediendo con ellos en la misma forma que con los empleados de as barracas, averiguaba cuánto deseaba: la vida que hacían sus patrones; el lugar en que residían; sus costumbres, y principalmente sus debilidades.

Un día les iba llegando:

- Señor, soy Isidoro Peñalva, el comprador de cueros.

-Mucho gusto. ¿Qué desea?

- Comprarle los que tenga.

-Acabo de venderlos.

-Con la epidemia reinante, pronto va a disponer de una nueva partida. Y a propósito, señor: le ofrezco un garrapaticida muy bueno para combatir la garrapata. Vd. sabe que nada enflaquece tanto el ganado como este parásito. No se preocupe por el pago: hágalo cuando

quiera.

-¿Cómo averiguó mi dirección?

-Unas muchachas -las López- me la dieron. De venida hice alto en casa de ellas. Se mostraron muy interesadas por Vd. Me pidieron que le presentara sus saludos.

Sólo le quedaba una dificultad que vencer: hacerse de un local propio donde depositar los frutos. Únicamente así podría reunirlos en cantidad suficiente para que resultara un buen negocio remitirlos directamente a Buenos Aires. En consecuencia invirtió una parte de su capital en la adquisición de una fracción de campo situada en el cruce de dos caminos que daban salida a la producción agrícola y ganadera de aquella zona, una de las más ricas de la provincia. Hizo construir allí un gran galpón para frutos y a pocos metros de él, un edificio compuesto de varias habitaciones, en comunicación con dos salones, uno destinado a la tienda y el otro al almacén que tenía proyectado habilitar. Con el dinero sobrante compró tantos cueros como pudo, se trasladó con ellos a Buenos Aires y una vez liquidados, adquirió con su importe la mercadería necesaria.

No se olvidó de su persona. Aprovechó su estadía en aquella ciudad para hacerse de buena ropa. En el campo seguiría usando bombachas y botas, por ser lo más práctico. Pero se había dado cuenta que en la ciudad las cosas "entraban por los ojos", y que

si se presentaba bien trajeado, las puertas, en vez de abrírseles' apenas lo necesario para dejarlo pasar, como actualmente ocurría, se le abrirían de par en par. Poco a poco la gente se había ido acostumbrando a ver en él otra persona distinta a la que fue cuando recién llegó. Del Peñalva con boina de vasco, blusa descolorida y alpargatas, ya poco o nada quedaba. En la ciudad el ché Peñalva, había sido reemplazado por el señor Peñalva, y en el campo, el gallego Peñalva, por don Peñalva. La gente humilde sobre todo, no sólo le demostraba respeto sino también consideración y aprecio. Era sencillamente que sabía conquistarla. No daba sino para recibir, pues siempre hallaba la forma de cobrarse.

-Convidame pi, patrón, con un vaso de caña, ya que te traje a vender mi tabaquito, y revendiéndolo, vas a ganar el doble.

-No sólo uno, sino todos los vasos que se te antoje. O sino:

-Empriestame don, veinte pesos. Tengo que ir a bautizar a mi hijo. Al dinero que tenía lo perdí. Se cayó jué por un augero que tenía el pantalón.

-Y como nunca decía, que no, su ascendiente se hacía cada día mayor.

La prosperidad alcanzada le creó nuevos problemas. ¿Qué hacer con tantos cueros como se le ofrecían, si excedían a la capacidad del local donde los depositaba? Además, en ocasiones las ofertas venían de lugares tan apartados que no era posible ir a buscarlos allí. La solución llegó sola. ¿Cómo no la vio más antes? Crear sucursales, abrir una sucursal en cada pueblo o lugar en donde encontrara un hombre capaz de administrarla. La primera que estableció fue la de Santa Lucía; la última, la de San Roque; todas sobre la línea de ferrocarril que atraviesa de Norte a Sur el territorio de la Provincia. El control de estas sucursales le demandaba tiempo y dinero; pero de los cueros saldrían las correas. La que mayores molestias le ocasionaba era la de San Roque. Tuvo que dotarla de edificio propio, pues ninguno de los locales que le ofrecieron en alquiler reunía las condiciones necesarias. Esto lo obligó a visitar con alguna frecuencia dicho pueblo. Aunque varios de sus amigos lo invitaron a que parara en sus casas, prefirió hacerlo en el hotel: gozaría allí de mayor independencia.

El hotel se hallaba situado en la esquina de la plaza y en la esquina del hotel funcionaba un bar. Este estaba a cargo del hijo del hotelero, un mocetón robusto, bajo de talla pero de pecho y espaldas bien desarrollados. De inteligencia despierta y bien acreditadas condiciones para el trabajo, no poseía otro defecto que el de ser sordomudo. Suplía sin embargo la palabra con gestos y ademanes tan ingeniosamente combinados, que resultaba fácil comprenderlo. Se valía para ello de los ojos, la boca, las manos y aún de las orejas, que movía con la facilidad que suelen hacerlo ciertos animales. El empleo de tal lenguaje exigía la presencia de otras personas con quienes intercambiarlo, las que en el caso no faltaban, pues el bar servía de pretexto para congregarlas. No tardó Peñalva en incorporarse al grupo de sus concurrentes más asiduos. Aunque apenas si entendía lo que el mudo quería decir, simulaba lo contrario

para pasar por inteligente; sus contestaciones las más de las veces resultaban disparatadas. El mudo insistía, tratando de hacerse comprender, y Peñalva, incapaz de ello, se aferraba a sus respuestas, gritándoselas en los oídos, como si con hablar más alto las aclarara, y olvidando que la persona a quien iban dirigidas, no podía oírlo. Sagaz e inteligente como era, el mudo no tardó en darse cuenta que lo que Peñalva perseguía con su trato, no era hacer más estrecha su amistad, sino consagrarse ante los demás como una autoridad en el difícil arte de interpretar su lenguaje. No deseando convertirse en el "hazmerreir" de la gente, trató pues de eludir en lo sucesivo su compañía. Pero Peñalva, absorbido como vivía por sus negocios y rodeado siempre de adulones, no se dio cuenta de ello. ,

Tomando una tarde cerveza, sentado bajo el corredor del hotel, recibió un llamado urgente de su casa. Cuando regresó tres meses después halló que en San Roque, todo seguía siendo igual; la modorra de la gente; el abandono de las calles; los muros derruidos y los yuyales invadiendo las huertas. Pero algo que él creía tan natural y permanente como todo eso, había cambiado: la favorable disposición de ánimo del mudo, hacia él:

Al descender en la estación, no halló ni coche ni automóvil en que trasladarse al pueblo, por lo que tuvo que hacer el viaje a pie.

Tomó la media calle, pues las aceras eran tan desparejas que era preferible evitarlas. Marchaba entre dos suplicios: el del sol, que colándose por entre la trama de su sombrero de paja le abrasaba la cabeza, y el de la arena que escurriéndose por entre las medias y los zapatos se le iba acumulando bajo los pies. Llegó al hotel sudando a chorros. No se dirigió a la puerta principal, sino a la del Bar. Quería dar una sorpresa al mudo presentándosele de improviso, y luego echar un párrafo con él. Lo halló de espaldas a la puerta, parado en medio del local, observando el vuelo de las moscas que le ensuciaban los vidrios, y pensando probablemente en la ineficacia de los insecticidas que había empleado para exterminarlas. De golpe lo cogió por los brazos y empezó a zamarrearlo. Cuando el mudo pretendía darse vuelta para ver de quien se trataba, se lo impedía oprimiéndolo más fuertemente contra él. No se sabe si el mudo logró conocerlo o si fingió lo contrario, pero el caso fue que por librarse de la tenaza de aquellos brazos, hizo entrar en acción sus piernas, tirando patadas a diestra y siniestra.

En eso estaban, cuando el Sargento de la Policía se asomó a la puerta. Creyendo que se trataba de un pugilato o que el dueño de casa había sido asaltado, cogió a Peñalva de un brazo y de un tirón los separó, - ignoraba de quienes se trataba, pues hacía poco tiempo que desempeñaba su cargo, y procedía de otro departamento.

-¡Animal! - aulló Peñalva ofendido. ¿Quién le da velas en este entierro? ¿No ve que se trata de una broma?

Pero como el mudo seguía gesticulando y el enojo que se le leía en el rostro estaba lejos de confirmar lo dicho por aquel, el

Sargento juzgó que lo mejor que podía hacer era conducirlo a la Policía.

- Marche preso - le dijo.

-¿Porque, si no he hecho nada malo?

-Marche, le digo - y a tirones lo sacó a la calle.

La fuerza del Sargento, a juzgar por su talla, debía ser doble que la de Peñalva, en vista de lo cual éste obedeció la orden de marchar, juzgando que era inútil resistirse.

El mudo entretanto, no sabía qué hacer. Concluyó por dejar que Peñalva se las arreglara como mejor pudiera, e ir a correr la cortina de la ventana de la calle, para atenuar los efectos de la luz y el calor. Tomaría después un vermouth para aplacar sus nervios y un principio de remordimiento que se le insinuaba, por haber dejado a Peñalva librado a sí mismo, sin ayudarlo a aclarar el error en que el Sargento había incurrido. Perplejo marchaba aquel entre tanto, tratando de poner orden en sus ideas y de hallar la manera de hacer comprender a aquel bruto que estaba cometiendo un atropello. Se detuvo a intentarlo.

- Vos marchás - fué la respuesta, mientras recibía un empujón.

Siguió de mala gana. Al pasar por frente a un zaguán, quiso penetrar en él, pero el Sargento cogiéndolo del saco lo detuvo.

- Vos marchás, ya te dije - y sin soltarlo lo arrastró y obligó a seguir por media calle.

La inteligencia de Peñalva funcionaba como un tren en marcha. Buscaba un expediente que lo ayudara a recuperar su libertad. De pronto creyó hallarlo: enseñaría al Sargento su libreta de enrolamiento -se había hecho ciudadano argentino-, para acreditar su nombre y apellido. Era imposible que no supiera quién era él. Pero el Sargento no sabía leer, por lo cual devolviéndosela, le dijo:

-Vos marchás - mientras le aplicaba un nuevo empujón.

Lo cosa se ponía fea para Peñalva. Jamás había sido vejado de esa manera. Rojo de ira seguía adelante ,mirando a uno y otro lado, como quien busca algo de que asirse. El sol lo obligaba a mantener semicerrados los ojos, para amortiguar su resplandor. Empezó a estornudar, pues por debajo de su pañuelo se le metía en la nariz el polvo que un fuerte viento Norte levantaba. Como lo cortés no quita lo valiente, el Sargento, a cada estornudo, respondía: "Salú".

Previendo cualquier conato de evasión se había desprendido el cinto, para utilizarlo en caso necesario.

-Quizás consiga intimidarlo - pensó Peñalva. Y creyéndolo distraído, se llevó la mano al bolsillo trasero de su pantalón -no se acordaba si llevaba consigo su revólver o lo había dejado en la valija-. Pero el Sargento, adivinándole la intención, le cogió la muñeca y se la sujetó con el cinto, antes que pudiera impedirlo.

-Vos marchás.

Y en vez de un empujón, recibió Peñalva tan fuerte tirón, que lo hizo trastabillar. Y así, sumando los tirones, lo hizo recorrer cerca de una cuadra. La casualidad quiso que al volver la esquina de la manzana en que se hallaba la Policía, dieran de manos a boca con el Comisario.

- ¡Bárbaro! ¿Qué es lo que hacés? ¿No ves que es don Peñalva?

-No lo sabía.

- Bruto.

Y le aplicó un bofetón.

Pero ya el mal no tenía remedio.